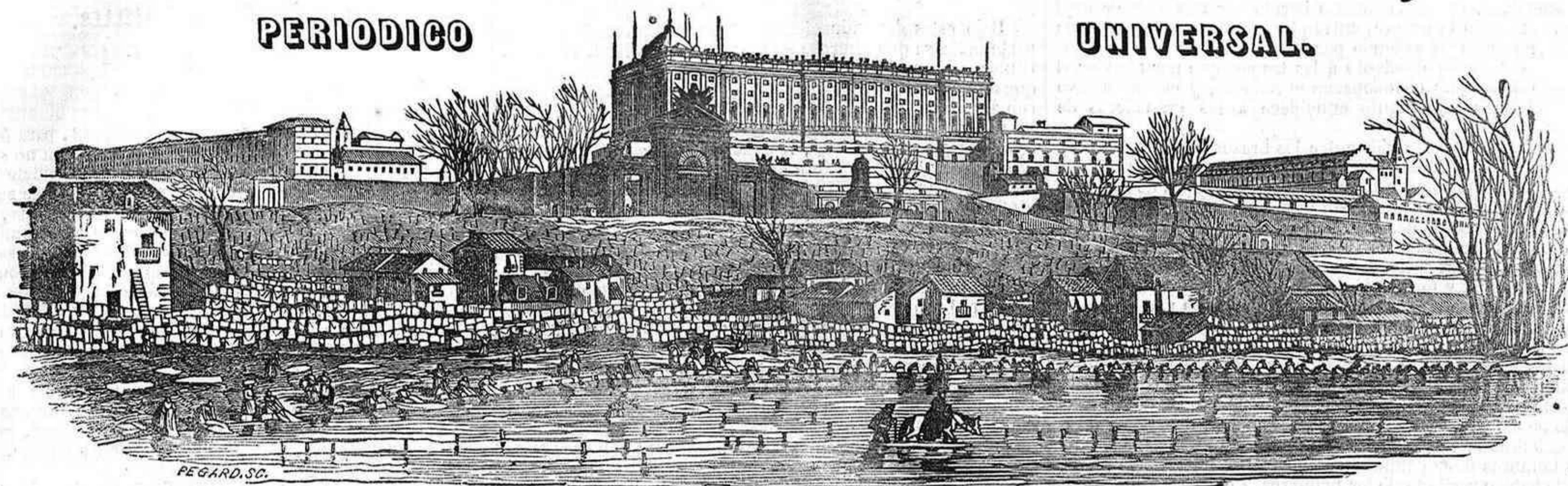


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 8 rs.

NUM. 40.—SÁBADO 2 DE OCTUBRE DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## EL DUQUE DE BAILEN.

Tiene la muerte misterios muy extraños.

El mariscal Soult, legítimo representante en Francia de los triunfos del imperio; lord Wellington, ilustre vencedor de Waterloo, y D. Francisco Javier Castaños, duque de Bailen, ese eminente general en quien estaban representadas nuestras principales glorias, han bajado al sepulcro casi á un mismo tiempo. Una guerra los encubrió, y por una circunstancia providencial, que tiene sin embargo en su favor la imperiosa ley de la naturaleza, han desaparecido de entre nosotros dándose la mano.

A Wellington y á Soult, sus patrias respectivas les han colmado, en la expansión de su agradecimiento, de honores, de condecoraciones y de aplausos; el héroe de la nebulosa Albion en particular, ha vivido, por decirlo así, en una atmósfera de incienso, y no solo de sus mismos compatriotas sino del mundo entero. Castaños también ha participado de tan dulces recompensas; pero aparte el amor y la veneración del pueblo, en lo que ninguno ha ganado al español, ¡cuán diferentes no han sido de las de sus dos hermanos de gloria! Esto es consecuencia precisa del poco aprecio en que tenemos los españoles nuestros propios méritos ¡cómo nos los apreciarán los extraños si no los hacemos resaltar á sus ojos! Estas tristes reflexiones nos las inspira la íntima creencia que tenemos de que los hechos de armas del pueblo español en su lucha con el coloso del siglo, escuden y eclipsan á la mayor parte de los que ejecutaron los demás pueblos. Wellington en Waterloo, sobre representar á la Inglaterra, el contrario mas poderoso de Napoleon, tenía en su ayuda y hallábase como protegido del genio de los hombres del Norte, que habia venido á inclinar la balanza de la fortuna del lado de Santa Elena. Bien se le alcanzaba á Wellington, cuando con el reloj en la mano á las terribles descargas de la artillería de Aboukir y Marengo calculaba impasible cuánto tardaría en reunirsele el ejército de Prusia; bien se le alcanzaba, repetimos, que su causa era la de medio mundo, y que allí donde él cayera se alzarían mil ejércitos á vengarle. En cambio los hijos de este olvidado rincón de Europa, sin tener en cuenta mas que su bravura y su entusiasmo, al ver apercibidas para sus hombros las cadenas del conquistador, reprodujeron otra vez mas aquella iliada de Pelayo, que á no existir tan viva en los anales, se tuviera en nuestros tiempos por fabulosa. ¿Qué ayuda prestaron á España las demás naciones antes de 1808?

Así pues á Castaños en Bailen y á tantos héroes en tantas batallas memorables, debe alcanzarse mas gloria, dada la manera con que combatieron, que á los que representaban una liga europea, fraguada por la comun necesidad y el comun deseo.

Pero no vamos nosotros á ponderar aquí filosóficamente ni la guerra de la Independencia ni su influjo maravilloso en la ruina del invencible capitán: tarea es esta que requiere ser emprendida con mas gravedad y espacio; pero al comenzar la biografía del duque de Bailen no ha podido menos de estar

par la pluma lo que el pátrio amor nos da á conocer como el mayor lauro de su gloria.

Hijo D. Francisco Javier Castaños de un esclarecido militar (intendente del ejército del rey D. Fernando VI), nació en Madrid el 28 de abril de 1758, hallándose sus señores padres de paso para Cataluña, donde se crió y educó esmeradamente, distinguiéndose desde joven así por la oportunidad de sus dichos como por lo gentil de su persona. A los doce años fué capitán, y de grado en grado y de ascenso en ascenso ya habia vestido por primera vez Castaños el glorioso uniforme del regimiento de Africa, con que debe pasar á la historia, y aun empuñado el baston de brigadier cuando conmovió á la Europa el primer sacudimiento de la revolucion francesa. Aquel suceso, que por sus consecuencias está destinado á ocupar una de las páginas mas grandes de la historia del mundo, abría á la juventud un camino dulce de recorrer. Todos los pueblos se declararon enemigos de aquella revolucion que comenzaba por llevar un rey al cadalso, y debía terminar por llevar sus banderas á los confines mas apartados. Ya se distinguió Castaños en esta ocasion, ascendiendo á mariscal de campo en 9 de febrero de 1793.

No entraremos á relatar las causas de la guerra de la Independencia por lo conocidas que son de todos: recordaremos únicamente la batalla de Bailen, como el hecho culminante de su vida militar, que tantos laureles le valiera, con el ducado del mismo título.

General en jefe del ejército de Andalucía, cuyo centro formaban seis mil hombres, aumentado en poco tiempo hasta veinticinco mil, con dos mil caballos, gracias á su actividad y al entusiasmo de la juventud andaluza, tenia establecido en Útrera su cuartel general, y dividió el mando de su ejército entre Reding, el marqués de Coupigni, D. Manuel de la Peña y Jones, D. Juan de la Cruz y D. Pedro Valdecañas. El día 13 de julio se puso en movimiento el cuartel general, y el 19 á las cuatro de la mañana, habiendo acometido el francés el ala izquierda mandada por Coupigni, fué rechazado con una pérdida considerable, anuncio del terrible desastre que le aguardaba. Aunque vencidos ya de hecho los franceses en cuanto á su posicion, que era menos ventajosa que la de los

españoles, podían vanagloriarse sin embargo de su superioridad militar y numerosa. El general Vedel, que estaba en la Carolina, al saber el peligro de las tropas del emperador, habia volado en su socorro. El ejército francés, como todo el mundo sabe, se componia de veteranos tostados al sol de la victoria, mientras de los españoles, el que mas, llevaba de soldado lo que Napoleon llevaba de invasor en nuestra patria.

Conociendo su situacion apurada el general Dupont, entabló negociaciones con Castaños, quedando prisionero de guerra todo su ejército. Con esto quedaba terminada la lucha en el mediodía. Al saberlo la corte de José I huyó precipitadamente hacia el Ebro, pudiendo Castaños hacer su entrada pública en Madrid el 29 del mismo mes.

Entonces fué ascendido á capitán general. Como terminó aquella sangrienta campaña, que fué el preludio de Santa Elena, no nos lo permite esplanar aquí las dimensiones de un artículo. Es además cosa sabida por todos. En 1810 fué nombrado Castaños miembro del consejo de Regencia, y á fines del mismo año general en jefe del quinto ejército, con el cual asistió á la famosa batalla de la Albuera, y cooperó mas tarde á las de Arapiles, Vitoria, San Marcial y Tolosa.

Las contiendas políticas de que fué víctima España hasta la muerte de Fernando VII, no pudieron mellar la acrisolada reputacion de Castaños. Templado en sus opiniones, ni fué odiado de los liberales de 1812 ni de los reaccionarios de 1823. Capitan general de Cataluña hasta 1820, su prudencia y su moderacion quedaron proverbiales en el Principado.

Como su edad era tan avanzada, los cargos que requieren actividad no podía ya ejercerlos desde hace mucho, y los que últimamente ha desempeñado fueron pasivos, por decirlo así, como tutor de S. M. la Reina y comandante de alabarderos. Las condecoraciones que tenia, sin las de guerra, que son innumerables, eran el toison de oro, el cordon de la legion de honor, y las grandes cruces de Isabel la Católica, San Fernando y San Hermenegildo. El título de duque de Bailen no recompensó sus hazañas sino veinticinco años después de ejecutadas.

De su carácter bondadoso, sencillo y decididor, han corrido siempre y corren hoy, en particular por España, mil anécdotas curiosísimas.

Viviendo aun Fernando VII, se presentó un día en Palacio con pantalón blanco en el mes de enero.

—¿Cómo así, Castaños! le preguntó el rey; ¿en qué mes estamos?

—Señor, acabo de cobrar la paga de agosto.

Otra vez, y esto es de fecha mas reciente, le paró un amigo en las calles de Madrid para preguntarle por su salud.

—Mala, muy mala, respondió Castaños.

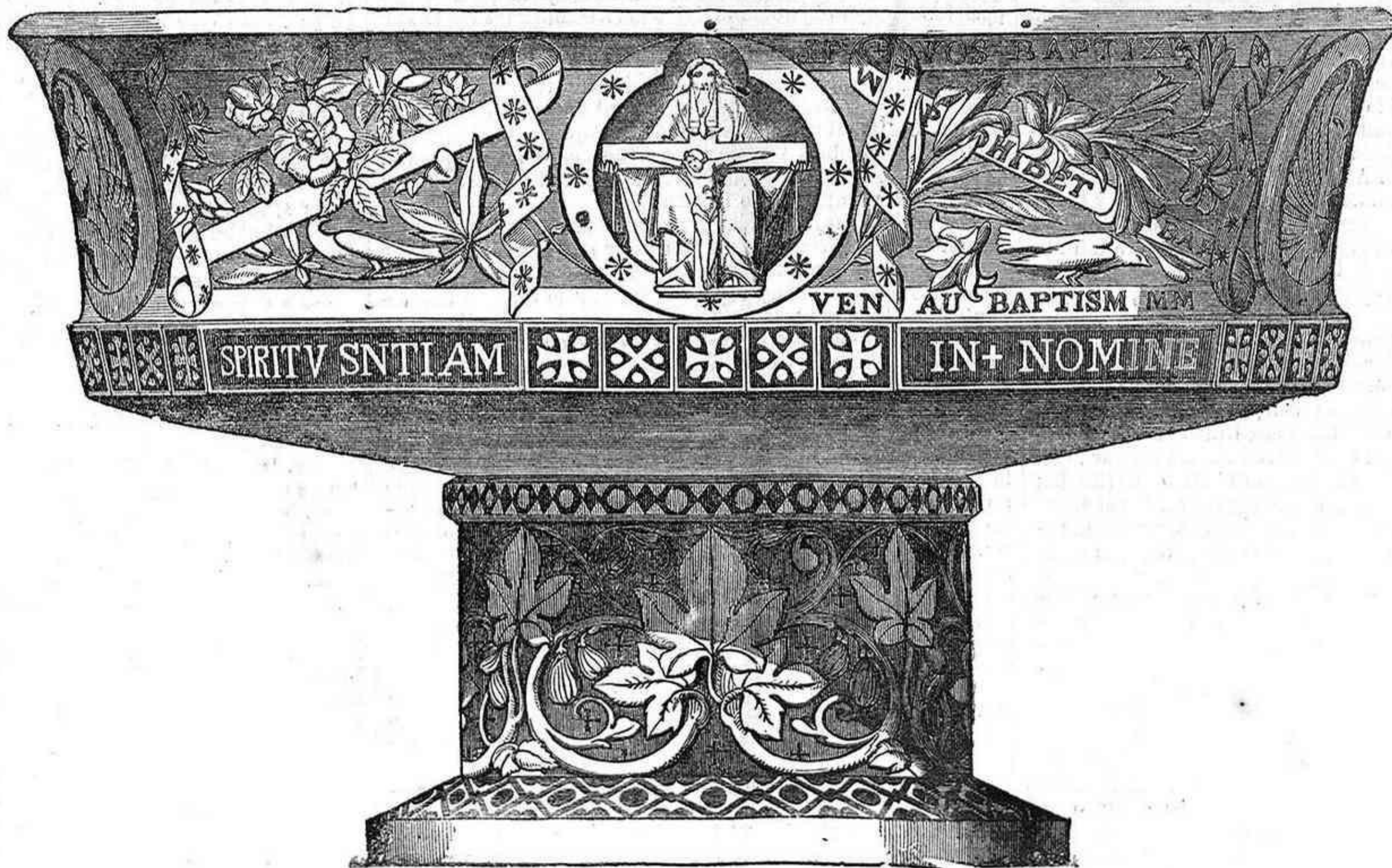
—¿Dios mio! ¿será posible, mi general?

—Estos achaques, estos achaques...

—Pero si V. siempre ha estado tan firme!

—Pues eso es lo que me desespera, exclamó Castaños sonriendo. Si digo que estoy bueno, nadie me cree, porque soy ya un Matusalen, y si digo que estoy malo, me echan en cara que siempre he estado bueno.

Del amor que sus soldados le tenían, han referido también última-



Pila bautismal de porcelana.

mente los periódicos una prueba tan interesante como dramática.

Hallándose en los reductos de Vera, defendiendo el número ocho de la altura de San Marcial, atacado por numerosas fuerzas enemigas, fué mortalmente herido por una bala de fusil que le atravesó la cabeza, entrando bajo la parte inferior de la oreja derecha y saliendo por la superior de la izquierda. Aquella catástrofe desalentó á las tropas, que por atender al cuidado de su jefe abandonaron el reducto, y entonces tuvo lugar el hecho que tanto ennoblece á los granaderos de Africa.

Yacía este casi sin vida entre los brazos de sus soldados y anhelaban ponerle en salvo. El descenso por el reducto era impracticable pues no había vereda apenas capaz de sostener el equilibrio de un hombre sin ayuda de las manos, cuando para bajar al herido desde la cúspide en una camilla eran necesarios dos por lo menos. Todo lo allanó sin embargo el amor de los granaderos: tendidos de espalda sobre la áspera y terrible pendiente, y formando de alto á bajo desde la altura á la falda del reducto una fuerte columna sostenida por el mutuo apoyo de los piés, afirmados sucesivamente en los hombros, alzaron las manos para recibir al herido, que entregado á los robustos brazos de los primeros granaderos colocados en la pendiente, fué deslizándose paso á paso por aquel prolongado lecho humano; la vida de Castaños pendía del mas ligero descaído de los granaderos; una mera sacudida, una tenue oscilación hubiera bastado para estinguirla: sin embargo los últimos hombres de la columna entregaron al ilustre jefe salvo, cual lo habían recibido de los primeros. Colocado entonces en una camilla fué trasportado á Hernani. Castaños no ha podido olvidar nunca que debía la vida á los denodados granaderos de Africa, y queriendo recompensar tan inapreciable servicio, por un acto tan público como duradero, vistió desde entonces en todos tiempos el uniforme de aquel cuerpo.

Después de una penosa enfermedad en que el pueblo y la corte de España dieron inequívocas pruebas del cariño y respeto que tenían al ilustre general, y á que sus superiores prendas le hacían tan acreedor, falleció en la madrugada del sábado 25 de setiembre, rodeado de sus fieles servidores y de las personas de su escasa familia. Durante el día que permaneció el cadáver en la casa mortuoria, presencié la calle del Barco el espectáculo tiernísimo de las tristezas de todo un pueblo.

S. M. la Reina, que mas que un súbdito leal, veía en el general Castaños un padre cariñoso, quiso pagar á sus relevantes méritos el último tributo, mandando que á pesar de cuanto dejaba ordenado en su testamento, se celebrase el entierro con extraordinaria pompa, y fuese presidido por S. M. el Rey, su augusto esposo.

Una palabra sobre ese testamento tan notable por su sencillez, como digno del corazón y de la pluma que lo trazaron.

No desvanecido por el humo embriagador de las alabanzas, aunque rodeado de tanta majestad y poder como el magnate mas ilustre, el general Castaños abjuraba al morir sus grandezas todas, para volver á la condicion de cristiano, y de cristiano soldado y humilde, ordenando en su testamento que se le enterrase pobremente, sin usar *tarjetas charoladas*, y que fuese conducido en hombros por los inválidos de Atocha. S. M. hizo perfectamente en derogar esta disposición. Bastaba á la gloria militar y virtuosa del duque de Bailen este desecho; á la nación, luego, correspondía el pagarle su último tributo como lo pagan las naciones.

El jueves 30 del pasado, una inmensa muchedumbre se extendía desde la iglesia de San Isidro el Real, hasta el santuario de Atocha. El fúnebre cortejo, precedido por varios piquetes de caballería, comenzaba con los niños desamparados y de la inclusa, seguidos por todos los pobres de San Bernardino, y algunos, aunque pocos, inválidos de Atocha. Marchaban después las parroquias de Madrid con su clero; luego el eminentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, y acto continuo, el cadáver conducido en el carro mortuorio de la patriarcal. Llevaban las cintas del féretro los capitanes generales del ejército, marqués de Rodil y D. Manuel Concha, el capitán general de la armada y el teniente general Villacampa.

Cubrían la caja los mantos de las órdenes á que pertenecía el eminente veterano del ejército español, á la que seguían los criados del difunto y los de S. M., conduciendo de la brida su caballo con un lujoso jaez, y otros de la casa real, desheredados todos. Detrás venía lo que se llama el duelo en estas lúgubres ceremonias, compuesto en la presente de las personas mas notables que encierra Madrid, presididas por S. M. el Rey y su augusto padre. A su derecha caminaban los señores Bravo Murillo, Bertran de Lis, Gonzalez Romero y Lara, con sus uniformes de ministros, y á la izquierda la diputación de la grandeza española. El resto de la comitiva era tan numeroso, que llegaba desde la Puerta del Sol hasta el jardín Botánico. La oficialidad del ejército, los ministerios, la magistratura, etc., etc.

Muchas notabilidades llamaban la atención del público. El señor Arrazola con su collar de presidente del Tribunal Supremo y sus innumerables condecoraciones; el señor Olózaga de simple togado con el toison de oro; el señor baron de la Foyosa de académico; D. Luis Gonzalez Bravo con el de coronel de milicias de América; el señor Salamanca de fraile, con la gran banda de la orden de Cristo y la placa de Carlos III; D. Juan Alvarez y Mendizabal, con su respetable cabellera blanca, que bien vale por muchas condecoraciones; los generales Pavia, Ortega, San Miguel, y otros mil y mil que sería prolijo enumerar.

Depositado el cadáver en Atocha y después de las salvas de ordenanza, el señor ministro de la Guerra en un coche de la casa real condujo al museo de Artillería la espada del general Castaños, templada en cien combates, para que sea conservada al lado de tantos otros trofeos de gloria.

D. Francisco Javier Castaños, general hace sesenta años, comandante del campo de Gibraltar, co-regente del reino etc. etc., no ha legado á sus herederos mas fortuna que la memoria de sus hazañas. General esforzado, prudente consejero, cariñoso protector del pobre y desvalido, ha cruzado su dilatada vida satisfecho y feliz. Deja su nombre escrito en el libro de la historia como indeleble recuerdo de virtud, patriotismo y honor.

EDUARDO GASSET.

## ESPOSICION DE LONDRES.

### MÁQUINAS MILITARES, ARTILLERÍA, ARMAMENTO.

Bajo estas denominaciones estaba comprendida toda la parte belicosa que figuraba en el Palacio de Cristal. Tanto los títulos, como la subdivisión minuciosamente científica con que arregló los diversos ramos el profesor Playfair, permitieron admitir, en aquel alarde tan pacífico y tranquilo, todos los medios que puede inventar el hombre para destruir á sus semejantes con prontitud, facilidad y economía. Parecía en efecto un cartel de amistoso desafío dirigido por el sabio profesor á sus colegas militares. «Deseamos estimular las artes y provocar un conflicto, sin derramamiento de sangre, entre las naciones del globo, una rivalidad de industria y de trabajos, de buen gusto y de talento: por lo tanto, aunque consideramos vuestros medios de alentar la propension belicosa de vuestra naturaleza, como otros tantos conatos opuestos á la razon, al buen sentido y á las exigencias de la época; aunque creemos firmemente que el mundo puede existir sin guerras, lo mismo que la sociedad sin duelos, no podemos negaros un puesto importante en la abierta liza que ofrecemos á todas las industrias conocidas. Os esperan un distrito en la parte central del edificio, y un capitán para arreglar vuestros mortíferos objetos. Ejércitos, marinas, departamentos de artillería ¿qué podeis hacer? ¿qué habeis elaborado con esos cuatrocientos millones anuales? Y vosotros tambien, espíritus suspicaces, que criticais el empleo y distribucion de esos fondos y asegurais poder proporcionarnos mejores buques, mejores armas, mejores cuarteles y mejores fortificaciones que las que debemos á los gobiernos establecidos, decidnos de una vez qué es lo que pensais sustituir á lo conocido, y sea la autoridad el juez que dirima la contienda.»

No era sin embargo fácil negar la entrada en esta clase á muchos artículos de carácter eminentemente pacífico. Desde la marina militar hasta la mercante no hay mas que un paso. Los *steamers* de guerra están estrechamente enlazados con los paquetes de vapor, las lanchas cañoneras á los barcos de salvamento, y los cazadores de profesion y aun los aficionados manejan las armas de fuego con tanta destreza y acaso mayor conocimiento que los granaderos y cazadores de los cuerpos militares.

Si limitamos nuestra actual revista al examen que presentaba la parte inglesa del edificio, dejaremos consignado que las excepciones constituían en él la regla, porque nunca se ha dado contestacion mas sosegada y pacífica á una provocacion mas belicosa. La marina apenas tomó parte en la Esposicion, y el ejército hizo otro tanto, si no hizo menos. Casi puede asegurarse que los modelos de buques de guerra y los aparatos ofensivos y defensivos que se presentaron solo tenían de notable la delicada perfeccion con que estaban ejecutados: se vieron muy pocas máquinas completas de destruccion, algunas variaciones respecto á equipos militares, y diversos métodos para resolver la interminable cuestion de aligerar el peso con que se fatiga inútilmente al soldado de infantería. Pero todo esto quedaba olvidado por la perspectiva de los barcos de salvamento, de los buques correos, de las escopetas y de los aparejos de pescar.

Nos proponemos sin embargo llamar la atención pública en ocasion oportuna hacia algunos objetos espuestos, así como hacia las invenciones guerreras de ciertos aficionados, entre las cuales podemos citar desde luego el sistema de fortificación enteramente nuevo propuesto por Mr. Fergusson. Al emprender esa tarea, procuraremos desecular la repugnancia que naturalmente sentimos al recordar la efusion de sangre, que es el legítimo resultado de aquellos aprestos, y examinaremos el mérito de las invenciones destructoras, con el espíritu puramente científico que ha inspirado á sus autores.

Creemos que no fué accidental la circunstancia de haberse visto en la Esposicion tan corto número de objetos destructores, y que, por el contrario, bajo este aspecto y con relación á otros principios, la Esposicion fué la expresion fiel del pensamiento y de las necesidades de todas las naciones que á ella concurrieron. Sucede con frecuencia que las proposiciones cuyo objeto se dirige á perfeccionar los medios de ataque y de defensa, encuentran proteccion en los gobiernos, se someten á un examen riguroso, y se adoptan cuando merecen la calificación de eficaces. Los inventores alcanzan condecoraciones y otras recompensas, tal vez superiores á su mérito. En Inglaterra no es lo mismo. Aquel que exige incessantemente cambios y mejoras, pertenezca ó no al ejército, es mirado por lo comun como una peste por el gobierno, y se le trata casi siempre como merece.

Es probable que semejante modo de proceder inutilice de vez en cuando invenciones de un valor real y positivo. Pero este será siempre un mal infinitamente menor que el que producen las modificaciones repentinas y por lo regular imprudentes en el equipo militar. Citaremos por ejemplo la que se ha introducido de poco tiempo á esta parte en el fusil prusiano, reconocida ya hoy como una falta enorme.

Se ha tratado de fundir cañones de hierro acanalado, que presentarían, segun se ha supuesto, la misma dureza y el mismo peso que los de bronce; pero hasta hoy ninguna tentativa ha obtenido un éxito satisfactorio á los ojos de los hombres eminentes que deciden estas materias en Wolwich. Esto no obstante, la parte belga de la Esposicion presentaba algunos nuevos ensayos en este sentido y lo mas raro aun, Mr. Krapp, fundidor de Essen, en las provincias rhenanas de la Prusia, espuso una pieza de *á seis*, de acero fundido, que admiraríamos como muestra perfecta de una obra maestra, aun cuando no tuviese otro mérito para nosotros. No emitirémos aquí nuestro juicio acerca de su valor, pero es un objeto digno del examen de los militares inteligentes. Todas las piezas del afuste son de acero, así como el cañon, á escepcion de un fuerte cilindro de hierro que rodea la culata. El objeto de este cilindro es dar peso al cañon, pero no aumentar su fuerza.

Independientemente del cañon, es posible que se descubra otro proyectil mejor que una esfera, aunque hasta ahora ninguno parece mas eficaz: tambien podrá encontrarse pólvora que no deje rastro sólido después de consumida. No olvidemos, con todo, que la sencillez es el punto mas importante de estas cosas, y que tal vez puede ofrecer graves per-

juicios un cambio trascendental y repentino en un asunto que afecta tan directamente á la destruccion de la especie humana.

## LOS TRIOS DE CHENIZELLES,

POR A. DE MUSSET.

(Conclusion.)

El convite tuvo lugar quince dias después, para festejar el restablecimiento de Mr. Loncle. Mr. Montbazen no se hizo notar por su presencia, sino por un enorme ramillete hecho segun los trazados del panteon, sobre cuya cúpula se sostenía un audaz genio de pasta, que llevaba una banderola, en la cual se leía en gruesos caracteres: «Ofrecido por la amistad.» La autora de este monumento era Mlle. Montbazen, señorita de treinta y dos años, que distraía con el arte de la confitería el aburrimiento de que estaba lleno su corazón, consagrado al celibato. La comida se pasó alegremente, á escepcion del maestro de música, cuya melancolía se retrataba en su semblante. Los Montbazen hacían recaer la conversacion siempre que podían sobre su ramillete, y Mad. Loncle ponía en tortura su espíritu para inventar nuevas formas de cumplimientos. Mr. Loncle dijo que era lástima destruir una pieza tan bella de arquitectura, viendo que su muger, con un cuchillo en la mano, se disponía á minar las bases del monumento.

—Si el ramillete se conservase, decía Mr. Loncle, es una obra que bien merece la pena de guardarse preciosamente.

—Mlle. Montbazen, dijo el padre, á petición de algunas personas que consideraban como un asesinato el destruir su obra, ha llegado á descubrir un secreto que permite conservar estos ramilletes. Se coloca este en un velador, en una consola, debajo de un fanal, y realmente es un adorno de cualquier sala. Muchas personas los tienen de este modo en sus casas y llaman la atención de todos los que los ven, pues se pinta sola mi hija para componer estas esculturas.

—En París, dijo Mr. Loncle, costaría esto muy caro.

—La casa de la calle de los Lombardos, dijo Mlle. Montbazen, que me suministra las figuras de pasta, pues yo no me ocupo en eso, quería que le cediese mi secreto á cambio de genios y adornos; pero yo no he querido... Se abochornaría mi padre de ver á su hija vender confites.

—¿No teneis empeño en conservar el genio? Preguntó Monsieur Montbazen á Mad. Loncle.

—¡Oh! no señor; si lo hubiese hecho Mlle. Montbazen, sería otra cosa.

—Pues entonces, repuso Montbazen, os pediré el permiso de llevármelo; no tenemos por el momento otros en casa, y mi hija creo que tiene que componer otro ramillete. Sin duda estas estatuillas no son nada; pero dan cierto realce al monumento.

Durante toda la comida siguió la conversacion del ramillete. Mr. Loncle ciertamente se arrepentía de haber convidado á los Montbazen, pues tuvo muchas veces intención de hacer elogios de su muger; pero la cuestion del ramillete no daba lugar á ninguna otra conversacion. Después de comer se pasearon por el jardín; yo miré á Mr. Montbazen y no le encontré la singular fisonomía que me habia desagradado tanto en la primera entrevista.

Al anochecer fui á buscar mi violoncelo para tocar algunos trios; pero habiendo tropezado cuando volvía con un carruaje parado que no habia visto, se rompió el instrumento, quedando imposibilitado de poder servir mas. Hubo pues de renunciarse por aquella noche á los trios, y Mr. Trude buscó entre los papeles unos duos de Weber de piano y violin para tocarlos con Mad. Loncle.

Cuando iba á principiar el duo, Mr. Montbazen sacó del bolsillo su famoso lente. Mad. Loncle tocó la primera parte como muger que comprende vivamente las bellezas de esta música, tan llena de emociones; luego siguió el *andante*, que tiene por título *Los suspiros del pastor*. Weber ha sabido dar á este gastado título la pasión y el amor; los que han oído *Los suspiros del pastor* no pueden burlarse de un título tan vulgar. Pero este día Mad. Loncle parecia agitada desagradablemente por sus nervios; su pulsación era brutal mas bien que tierna; caía en el exceso de los pianistas, que creen que consiste el mérito de su oficio en mostrar la fuerza de sus dedos, y en romper muchas cuerdas. Mr. Trude la miraba con ojos todavía mas melancólicos que de costumbre; por fin, lo que me confirmó en la idea de que pasaba alguna cosa extraordinaria en Mad. Loncle, fué que no podía volver las hojas sino deteniéndose; ella, cuya mano estaba tan alerta, que no hubiera sufrido que ningún oficioso le hiciese este servicio. Su pequeño pié daba contra el pedestal, y media el compás con rabia.

—Es delicioso, exclamaba Mr. Montbazen; delicioso en verdad. Os doy la enhorabuena, Mad. Loncle.

El mismo Mr. Loncle pareció que comprendía la contrariedad de su muger, y se quejó de alguna fatiga. Al momento cesó la música, con gran contento de Mr. Trude, que juraba no volver á tocar trios ni duos en presencia de la familia Montbazen.

Mr. Loncle se manifestó muy complaciente con el maestro de música; le invitó á que fuese mas á menudo á tocar trios. Ya empezaba, decía, á comprender los goces secretos de la música. Mr. Trude, que habia renunciado á sus proyectos de viaje, aceptó la invitacion, y los trios continuaron como anteriormente. Una dulce intimidad habia reemplazado á la reserva de los primeros dias; después de haber tocado juntos un año, nos conocíamos mas que si hubiésemos vivido bajo un mismo techo diez años. Mozart y Haydn no se hubieran quejado mucho de la interpretación de sus inspiraciones en la casa de Chenizelles. Sin las apariciones, felizmente raras, de Mr. Montbazen, la dicha hubiera sido completa.

## IV.

En uno de estos conciertos nos anunció Mr. Loncle que iba á ausentarse de nosotros por dos meses. Esta noticia casi me oprimió el corazón, tan durables se me habia figurado que debían ser nuestras reuniones musicales. El mismo efecto produjo tambien en Mr. Trude semejante anuncio, porque la

sangre se agolpó á su rostro, señal cierta en él de una violenta emoción. Ninguno de los dos respondimos á la noticia de la partida de Mr. Loncle.

—Esto, dijo, no os impedirá que prosigais vuestros conciertos. Mi muger se queda, y me haréis un gran favor, señores, en seguir viniendo como hasta aquí.

Mr. Trude se inclinó.

—Aun no está eso todavía decidido, dijo Mad. Loncle.

—¡Bah! dijo el marido, quiero que se haga mi maleta mañana mismo.

Mr. Loncle manifestó entonces el objeto de su viaje: iba á vender unos bienes que le habían correspondido en una herencia, siendo su presencia necesaria en el lugar donde estaban situados aquellos.

—Mi muger queria venir conmigo, añadió; ¿pero qué placer habia de tener en oír todo el día á la gente de la curia? Estoy temiendo que se promueva un pleito por parte de mis coherederos. Voy á un país en que no tendré mas que relaciones de interés con parientes que parece quieren coligarse contra mí. ¿No es mejor que se quede tranquilamente aquí? Es apasionada á la música; pues yo cuento con vosotros para que me hagais el favor de distraerla.

El maestro de música, cuya lengua no era tan espedita como su arco, articuló algunas palabras cortadas, y esta fué nuestra última entrevista con Mr. Loncle. Su muger se habia opuesto fuertemente á su marcha.—Teneis bastante fortuna, le decia, para que os dé inquietud semejante proceso. Pero Mr. Loncle, sin ser avaro, no entendía aquel lenguaje. A vuestra edad, proseguia su muger, un viaje tan largo es muy molesto.—Pero me distraerá, contestaba el marido. Y luego, añadia, no se dirá que tengo miedo á mis parientes, que por que viven en el país, quieren coligarse contra el ausente. Es necesario que haga valer mis derechos. En vano le hacia observar su muger que se quedaba sola, y que todavía temia mas la sociedad nuestra, pues los maldicientes de la ciudad tendrian ocasion de hablar cuando vieses ir á Mr. Trude con frecuencia á la casa.—Me cuido muy poco de las hablillas de la ciudad, habia contestado Mr. Loncle: por otra parte, Mr. Trude no es un hombre, es un músico; y aunque es cierto que tuve celos de él, fué antes que consintieses en ese diario, que voy á llevar conmigo para volverlo á leer. Pero te suplico que me escribas cada dos dias tus menores impresiones. Si te aburres mucho, volveré al momento.

Durante las tres semanas primeras, las cartas de Mad. Loncle fuéron insignificantes; le referia las noticias de la ciudad que yo le llevaba, y le daba parte del empleo de sus dias monótonos, á escepcion del tiempo que dedicaba á la música. Mr. Loncle se quejaba de la frialdad y del poco interés de la correspondencia, cuando recibió la carta siguiente:

«Señor, debéis venir cuanto antes. Hay algo que me presagia una gran desgracia; no sé lo que es. Tengo deseos de llorar todo el día; muchas veces miro por la ventana el rico valle que se estiende mas allá de nuestra casa; esta perspectiva debia inspirarme ideas risueñas, y sin embargo me muero de tristeza. Otras veces me quedo sentada en una silla por espacio de dos horas sin pensar en nada. Me parece que mi alma ha partido y que viaja; pero el menor ruido la atrae y vuelve inmediatamente. Desde vuestra partida, Mr. Trude se muestra mas reservado, y ya sabéis cuánto lo era cuando estabais aquí. Yo no sé; pero debe tener un pesar profundo que nada podrá dulcificar; ni aun se atreve á mirarme. En cuanto dirijo mis ojos hácia él, baja los suyos como si encerrase un secreto debajo de sus párpados. ¡Ah, cuán amarga es la vida! Me decís que vuestro pleito se prolonga; dejad-ahí vuestro pleito y volved. Mr. Trude entró antes de ayer mas melancólico que de costumbre. Me parece que no tiene dinero, su situación parece algo embarazosa: qué se yo. Me ha saludado; me ha preguntado por vos, y no ha hablado una palabra mas. Yo procuraba ver cómo podria descubrir con sagacidad su secreto, y pregunté á Mr. Carlos qué opinion se tenia de Mr. Trude en la ciudad. Su reputacion es excelente; no se le conoce ni deudas ni querida; pero pasa por un hombre poco expansivo. Esto ya lo sabia yo. Sin embargo, he logrado hacerle hablar; su tristeza proviene de la muerte de su madre; no deja pasar un día sin ir al cementerio, y ahora me esplico por qué llega muchas veces con los ojos como de haber llorado. Deberia tal vez procurar distraerle y no abandonarse de ese modo al dolor, pues podrá contraer una enfermedad. Yo le he dicho desde luego todo lo que he podido encontrar de mas afectuoso. Pareció como sorprendido, y me preguntó cómo podia tenerle alguna amistad; que me estaba profundamente reconocido, pero que no se creia digno de los consuelos que yo le ofrecia. Es un hombre singular, á quien ha hecho sufrir mucho la sociedad; al menos así me lo ha dicho, y lo he encontrado menos adusto cuando se animaba, refiriéndome sus sufrimientos diarios cuando estudiaba en el conservatorio. Hubiera querido que le oyeseis; cuenta mucho mejor que pudiera suponerse, y su sonrisa parece tanto mas dulce cuanto ilumina rara vez su fria fisonomía. La timidez le ha impedido hacer suerte; ha dudado mas de él que de su talento, hallándose rodeado de músicos que sustituyen el orgullo al sentimiento, y que imponen al mundo por sus maneras soberbias. Decidid á volver pronto; mañana seguirá esta carta.»

«Recibiréis esta carta con algun retraso, por un pequeño incidente que me ha ocurrido. Después de haber tocado un rato con Mr. Trude, le supliqué que me acompañase al jardín; soy curiosa, ¿qué queréis? Quería saber toda la vida de nuestro músico. Me preguntaba á mí misma si un hombre tan frio habria amado. Tal vez sea un amor malogrado lo que haga su fisonomía tan indiferente, ó tal vez sea una máscara para ocultar mejor sus impresiones. Traté de que recayera la conversacion sobre este punto, cuando al pasar cerca de una lila quise empuñarme para coger el primer ramo de la estacion: de repente sentí frio en el corazón; di un grito; se me habia torcido un pié, y hubiera caído si Mr. Trude no me hubiera sostenido. Imposibilitada de andar, Mr. Trude tuvo que llevarme á la sala en sus brazos, habiendo tenido yo que suplicárselo, pues no queria hacerme este servicio. Luego que me hubo pasado el dolor, me rei de la cara de mi caballero, que estaba muy pálido, y se hubiera dicho que estaba enfermo. Yo he quedado enteramente buena con dos dias de reposo en cama; pero jamás habreis visto un hombre tan embarazado como mi maestro de música; por espacio de una hora ha estado afectado de un ligero temblor nervioso, como si el rayo

hubiese caído á sus piés. Al dia siguiente vino á saber de mí, y le supliqué que se quedase para leerme un poco. Lee bien. Es singular la manía de ciertos hombres en aparentar que son desagradables, cuando en el fondo son simpáticos y amables. Pero todos los dias rompo un poco la concha que cubre á Mr. Trude, y encuentro mil cualidades que oculta como un avaro su tesoro.»

Mr. Loncle contestó á su muger que era escesivamente traviesa; que veía al músico al través de un cristal muy singular; que estaba encantado con sus cartas, y que le suplicaba que á pesar de la correspondencia no abandonase el diario, á fin de encontrar á su vuelta una cuenta exacta de sus pensamientos.

«Os voy á parecer muy loca, escribia Mad. Loncle en otra carta á su marido. Lo que voy á deciros es ligero y serio á la vez. ¿Deberé decirlo? Otra muger no lo haria; pero os he jurado no ocultaros nada, y cumpliré mi promesa. Segun secretos presentimientos que no engañan nunca á las mugeres, hacia mucho tiempo que presumia que Mr. Trude era víctima de una pasión profunda; hoy me he convencido de que es así. ¿Creeréis que en el momento he tenido cierto disgusto? Ahora que estoy acostumbrada al semblante frio de Mr. Trude, no puedo verlo de otra manera. Me ha dicho que hace un año ama en secreto á una persona que nunca sabrá su amor.—Os engañais, le dije, ella lo sabe. El pobre jóven se turbó y no oia lo que yo le decia.—Una muger despierta por la mañana; su carácter ha cambiado de repente; la víspera estaba triste, fatigada de la vida; léala aquí que se adorna como para una fiesta, descubre una nueva vida. Y sin embargo ella no sabe nada, nadie le ha hablado, ningun hombre la ha mirado; pero sabe que alguno piensa en ella en aquel momento, que alguno la ama; los sueños son los que le han llevado esta noticia sobre sus alas doradas. Descorre sus cortinas al salir del lecho por la mañana, y el sol se precipita en su cuarto con un goce que parece decirle: ¡Alguno os ama! El aire es mas puro que de ordinario, el cielo es mas hermoso, los árboles mas verdes. Todo en la naturaleza conspira para decir el gran secreto. Así, Mr. Trude, vuestro secreto está muy mal guardado, y la muger á quien amais lo sabe, está seguro. Yo no habia pensado que habia llegado la primavera, y que la primavera me habia dado alguna alegría; tenia puesto un vestido de fantasía salpicado de ramos de rosas; Mr. Trude miró mucho mi vestido y me dijo:—¿Me perdonais, señora? Este ha sido un rayo; yo tocaba con fuego sin pensar en lo que hacia. Mr. Trude me ama; yo soy la persona de quien está enamorado. Venid pronto, pues no es conveniente que esté sola mucho tiempo con Mr. Trude. El amor de Mr. Trude no es una de esas locuras de un jóven que se imagina hallar en una muger casada una conquista mas seductora que la de una soltera. El amor de Mr. Trude es amistad pura; no ha pronunciado una sola palabra que pudiese aludir á vos; creo que no tendria inconveniente en confesar su afeccion en vuestra presencia. Sin embargo, quisiera mejor veros aquí. Yo comprendo la pasión de Mr. Trude; ha perdido á su madre, y el pobre jóven se encuentra mas solo que nunca. Le he dado la mano, y le he dicho sencillamente: Contad con mi eterna amistad. Ahora estamos enteramente de acuerdo. Encontraréis á Mr. Trude completamente cambiado; es otro hombre, y se manifiesta en su verdadera naturaleza, bueno, sencillo y simpático. Adios, señor; os deseo un feliz viaje, pues os espero dentro de pocos dias.»

La carta de Mr. Loncle era por lo menos singular; se burlaba mucho de su muger y del músico, y le parecia una novela muy bien imaginada. No creia, decia, que su muger tuviese tanto talento para arreglar un pequeño drama; pero habia comprendido desde luego el motivo de su última carta, que era obligarlo á volver inmediatamente; pero sus asuntos de sucesion se embrollaban mas cada dia en las manos de los curiales, y no sabia para qué época podria fijar su vuelta. Invitaba sin embargo á su muger á seguir su correspondencia, que le interesaba mucho.

Mad. Loncle se encontró en una singular situación; queria ir á reunirse con su marido, y le escribió una carta en este sentido; el marido se opuso formalmente, y continuó burlándose de su muger.—¿Me hubieras escrito una palabra si eso hubiera sucedido? Mostró Mr. Loncle una resistencia tan tenaz al viaje de su muger, que está se quedó. Solamente formó el proyecto de no recibir á Mr. Trude: una noche que yo estaba presente le suplicó al profesor que no volviese en ocho dias, pretestando que iba á pasar una semana en el campo en casa de los Montbazen. Mr. Trude se puso pálido y no habló una palabra en toda la noche; pero mientras que arañaba su violoncelo me volví cuando menos lo esperaban, y vi á Mr. Trude que besaba la mano de Mad. Loncle y parecia que lloraba.—Si por casualidad suspendo mi viaje, señores, os avisaré.

Al salir de la puerta de Chenizelles, en el momento en que yo me separé de mi maestro, que vivia en el extremo de la ciudad, observé con asombro que se volvia atrás, y que hacia que le abriesen de nuevo la puerta de la ciudad. ¿Qué podia tener que hacer en aquella calle desierta, donde no vivian mas que jardineros y Mr. Loncle? Me picó la curiosidad, y quise saber dónde iba. Hay una puerta en la ciudad que dá al paseo de San Juan; esta puerta no tiene portero; pero teniamos necesidad en nuestras travesuras nocturnas de escapar bruscamente de las persecuciones. Esta puerta, de madera y de enrejado, nos servia de lugar de retirada; aunque bastante elevada, era fácil escalar, á pesar de las lanzas inocentes que parecian protegerla. Me encaramé sobre la puerta, y en menos de cinco minutos ya estaba dando vista á la callejuela de Chenizelles, y penetrando por las viñas, fui, sin que nadie pudiese verme, hasta la casa de Mr. Loncle.

Mr. Trude estaba delante de la puerta de la casa, mirando hácia la ventana iluminada del primer piso; pero le era imposible ver la persona que estaba dentro del aposento, pues siendo la calle muy estrecha no podian alejarse mas de cinco pasos. Aquella era la habitación de Mad. Loncle, que sin duda escribia largamente á su marido; no habian pasado dos minutos, cuando conocí, por el frio que iba apoderándose de mí, que yo no estaba enamorado; el espectáculo de las contemplaciones de Mr. Trude no ofrecia nada de particular, y me marché, dejando al amante mirando á las estrellas.

Aunque el maestro de música iba todos los dias á la casa de Chenizelles, enviaba todas las mañanas una carta á Ma-

dama Loncle, ó se la daba al despedirse. No sabiendo esta como persuadir á su marido á que volviera, le envió una de las cartas de Mr. Trude.

«Ahí teneis, le escribia, un nuevo pasaje de lo que llamais novela; observareis que está escrito por la mano de Mr. Trude, que me adora, y que hará cualquier locura si no venis pronto. ¿Direis todavía que invento? Conoceis la letra de Mr. Trude, y sabéis que no es hombre para prestarse á semejante farsa. Volved, todavía es tiempo: el fuego está en la casa, yo estoy suspendida con las manos en mi balcon, aguardando que me socorran; pero pueden faltarme las fuerzas. Una contestacion inmediata, y parto para el campo hasta que volvais. Os lo confieso, amo á Mr. Trude; me pregunto si es amor ó amistad. Pero no creo en la amistad entre un hombre y una muger jóvenes; nunca he aguardado con impaciencia la hora en que debiais entrar en casa; nunca cuando llamabais ha resonado la campanilla en mi corazón; nunca me he quedado confusa cuando entrabais en la sala; nunca me ha faltado la palabra al veros. Felizmente, Mr. Trude siente el mismo malestar: se sienta lejos de mí cuando entra, me pregunta por mi salud, y si contesto á sus cartas, es para evitar que hable, porque tengo miedo de la palabra, y he hecho con él el convenio de que no me hablará mas de su amor. No ha faltado á su compromiso; pero me ha escrito, y viéndolo tan desgraciado, no he querido negarle este consuelo. El no sabe que yo os lo he escrito todo: esto seria como una confesion de mi debilidad, y temo sobre todo que no lo adivine. Cuando ahora nos ponemos á tocar, observo que cada nota de violin espresa una queja, un suspiro, un deseo. Volved, tomad la posta para llegar mas pronto; os esperero con impaciencia.»

V.

En vez de ir sola al campo, Mad. Loncle habia escrito á Mr. Montbazen que viniese á buscarla. Ibamos á tocar tríos por última vez cuando este llegó. Estuvo hablando algun tiempo en la ventana con Mad. Loncle, que le daba un pretexto cualquiera para ir al campo á aguardar la vuelta de su marido. El tiempo estaba hermoso, la ventana abierta, y Mr. Montbazen se habia recostado contra la reja; Mr. Trude estaba en un rincon de la sala entregado todo á sus dolores y á sus gozos. Después de haber sorprendido una parte de sus secretos, no me cuidaba de lo demás. Puse mas atencion al famoso lente, que, en razon á la posicion encorvada de Mr. Montbazen, salia una mitad de su bolsillo de atrás. Me aproximé suavemente y lo cogí con la punta de los dedos: el lente estaba mas dispuesto á salir del bolsillo que á entrar. Por un pequeño movimiento rápido y preciso me apoderé del lente y me alejé con presteza. Este crimen me habia puesto pálido; aunque ejecutado con prudencia, no podia quedar sin descubrirse. Me guardé el lente en el bolsillo del pantalón y me senté; pero me apercibí que se señalaba mucho bajo mi pantalón de lienzo. Mr. Montbazen acababa de levantarse de la ventana; entonces tuve miedo de las consecuencias de mi crimen. El viejo aficionado iba á registrar sus bolsillos, echaria de menos al momento su lente, mi emoción me descubriria, ¿y qué se pensaria de mí si veian en mi poder el famoso lente? Mi intencion no era apropiármelo, solo queria destruirlo. Buscaba con los ojos algun escondite en la sala, pero no habia mas que el piano abierto. Si lo ocultaba debajo de la plancha de armonia, era descubierto al momento, y luego no habia de haber ido á aquel sitio solo, y al momento hubieran supuesto que yo era el culpable. No pensé pues sino en deshacerme de él; sin duda era fácil salir de la habitación; pero en caso de informacion se notaria mi ausencia súbita. Mr. Montbazen dejó de repente la ventana y fué á sentarse en un sillón para hablar con Mad. Loncle. Todos estaban ocupados; Mr. Trude estaba poniendo una cuerda al violin; me acerqué á la ventana y arrojé prontamente el instrumento fatal á las viñas. Ya era tiempo; Mad. Loncle se acercó al piano y empezó á hojear un cuaderno de música para buscar un trío.—No tocaremos mas que una hora, señores, dijo, pues parto esta noche con Mr. Montbazen al campo.

Me asomé de mi audacia cuando ví á Mr. Montbazen doblar el brazo derecho y hacer ademán de buscar alguna cosa en el bolsillo. Tomó un aire sombrío al no encontrar en el primer bolsillo su lente; pero creyó haberlo puesto por distraccion en el otro bolsillo, y metió en él la mano izquierda para coger su preciosa alhaja. Cuando se hubo asegurado de que el famoso lente tampoco estaba allí, se levantó rígido como un resorte y se registró por todas partes, dando señales de la mayor inquietud.

—¿Habeis visto mi lente, Mad. Loncle?

—No, contestó esta admirada.

—Lo tenia ahora mismo en la mano.

Y se paseaba con impaciencia por la sala, examinando todos los muebles.

—Es singular, dijo, no hace nada que lo sentia rozar sobre mis piernas. ¿Dónde habrá podido ir á parar?

Me miró tal vez por casualidad, mas bien para preguntarme que para acusarme. Tuve el valor de preguntarle si el lente era el mismo de que se servia habitualmente.

—Sí, dijo, no es posible que se haya extraviado.

—Pues yo no le he visto, dije descaradamente. ¿Estais bien seguro de haberlo traído?

—Ciertamente; hace muy poco que viniendo para acá he mirado con él un punto de vista en el paseo.

—Voy á decirle á la criada que lo busque, dijo Mad. Loncle.

La vieja criada registró escrupulosamente toda la sala, el patio, la antesala, y declaró que de seguro el lente no se habia perdido en la casa.

—Os lo habreis dejado olvidado en vuestra casa, le dije á Mr. Montbazen.

Me miró fijamente con aire desconfiado; pero yo estaba frio como conviene al criminal audaz.

—Es cosa singular, dije á Mr. Montbazen, sin quitarle los ojos de encima, la costumbre del lente. Yo soy escesivamente miope, y no veo á diez pasos. Ultimamente salí á la ciudad y miré el reloj del ayuntamiento, que señalaba las once y cinco minutos. De allí me fui por las alamedas, y habia en el campo un humo que me inquietaba. Quise buscar mi lente como vos, no lo encontré; me registré; nada; estaba muy persuadido de haberlo perdido, puesto que un cuarto de hora antes me habia servido de mi instrumento para mirar la hora.

A la noche, cuando entré en mi casa, lo primero que vi sobre la chimenea fué mi lente. No lo tenía pues cuando miré el reloj en el ayuntamiento, y había visto la hora distintamente; sin embargo, con mi vista no puedo ni aun distinguir el re-

Este elocuente discurso irritó de tal manera á Mr. Montbacen, que prorrumpió en quejas y en recriminaciones violentas. Yo había producido un efecto contrario al que esperaba de mi sangre fria. Mr. Montbacen estaba cierto de haber

oído una palabra de la discusion. Mad. Loncle, indignada de que pudiese sospecharse de Mr. Trude, contestó con altivez á Mr. Montbacen, que los que él llamaba estraños eran amigos para ella.



El Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños, Duque de Bailen.

loj. Era víctima de una alucinacion. Muy bien podeis estar en el mismo caso; creéis haberos servido de vuestro lente en el paseo, y estais en un error; ya lo encontrareis en vuestra casa.

entrado en la sala con su lente, y hubiera apostado por ello su cabeza; se ensañaba contra los estraños, en medio de los cuales no puede vivirse con seguridad, y miraba á Mr. Trude, que sentado tristemente en un rincon de la sala, no había

—¡Amigos! exclamó Mr. Montbazen. Por lo demás, yo no sé lo que pasa aquí.  
El viejo aficionado parecia que había descubierto la pasion de Mr. Trude por Mad. Loncle, porque después de haber

proferido palabras llenas de reticencias, salió diciendo que no volvería á poner los piés en la casa si no le devolvían su lente.

Tuve por un momento la idea de confesar mi crimen, pero me contuve.

—Esta noche no partireis ya, decía Mr. Trude á Madama Loncle.

—Es una fortuna haber tenido esta cuestion, dijo; ved á qué tormentos me habria espuesto ese maniático en su casa.

La contestacion de Mr. Loncle á la carta de su muger no se hizo aguardar.

«Ya se ve, señora, por qué acelerabais mi viaje, fingiendo que queriais tenerme á vuestro lado, para satisfacer vuestra pasion con un miserable músico. Todavía os querria si os acusaseis francamente; pero toda vuestra correspondencia está calculada con frialdad, sin duda de acuerdo con el músico, para prepararme poco á poco para la fatal noticia. Yo no creo en esas especies de amistades tan puras, y desde el principio habia adivinado adónde os conducirían todas vuestras músicas. ¡Qué cena á oscuras parecia el músico, y cuánta habilidad ha desplegado ahora! No por eso me incomodará con él, sobre vos es sobre quien recae todo mi desprecio. ¡Deshonrarse con un hombre á quien pago todos los meses sus servicios! Y si todavía fuese hermoso, bien formado, instruido, comprenderia vuestra traicion; pero es un hombre humilde, sin educacion; ¡y os entregais á un hombre semejante! También os perdonaria si vuestro amante fuese jóven, valiente y seductor; una muger se deja arrastrar fácilmente, y se impresiona por las apariencias; comete una falta, se arrepiente de ella, se la confiesa á su marido, y un hombre bien educado perdona. Pero vos agregais el engaño á la perfidia; habeis inventado una farsa inverosímil de todo punto, para echaros en brazos de ese miserable músico. ¿Es creible esto? Yo habia dicho al leer la primera carta: Mi muger quiere hacerme creer una novela para ponerme celoso y hacer que vuelva á casa. Era una novela, en efecto, pero estaba destinado su primer capítulo á dorarme la pildora. Habeis echado de mi casa á mi amigo Montbazen, cuya vigilancia os inquietaba sin duda, y quereis hacerme creer una historia de un lente,

no lo creeré; entonces no volvería á verte, te dejaria agobiada bajo el peso de tus remordimientos, en los brazos de tu seductor. Confiesa pues tu falta; está dispuesto tu perdon; ¿cómo podrás comparecer mas tarde ante Dios, culpable de un pecado semejante? ¡Y quién mejor que yo tiene el derecho



Apuros del que tiene que hacer un retrato con tales trajes.

de perdonarte! Piensa en que este es el único medio de tranquilizar tu conciencia para todo el resto de tu vida. Lloraremos un poco juntos, y todo quedará concluido.»

Mr. Loncle llegó tres dias después de su carta. No habia aguardado la contestacion.

Su primera palabra fué:

—¡Vamos, señora! como si esperase una revelacion.

Pero Mad. Loncle no contestó, y dejó á su marido pasearse por la habitacion, mirando uno por uno todos los muebles del aposento, como si intentase sacar de ellos el testimonio de la falta de su muger. Mr. Loncle cesó de pasearse de repente, y fué á colocarse delante de la que consideraba como inliel. Le miró atentamente los ojos; pero sus grandes ojos negros no revelaban nada. Su boca, desdenosa, manifestaba todo lo mas una muger indignada de verse tratada como criminal.

—Esto es para romperse la cabeza por las paredes, dijo Mr. Loncle. Vamos, señora, habládmelo; no me decís nada.

Esa especie de silencio profundo que sabe guardar la muger en circunstancias difíciles, es capaz de irritar al ser mas paciente.

—Conoceis que sois culpable, dijo el marido, y temeis que el eco de vuestra voz os delate... ¡Ah, si tuviera entre mis manos al miserable! exclamó derribando un sillón... Ni siquiera me habeis preguntado cómo lo he pasado en mi viaje, prosiguió, calmándose súbitamente. Nada, ni una palabra... No se puede vivir así, no; no se puede vivir así.

Mr. Loncle se calló cuando hubo hablado largo tiempo, pasando de las reprensiones á las acusaciones, de las violencias á las palabras cariñosas. Habia llegado con el espíritu en desórden, la cabeza estraviada, contando con las inspiraciones que le daria su entrada, y el desgraciado marido veia que sus palabras se estrellaban contra la frialdad razonada de su muger. Cada frase que salia de su boca volvia de rechazo á herirle.

Mr. Loncle comprendió que habia hecho mal en no haber



A juicio de los criticos el retrato carece de nobleza.

preparado un sistema oratorio; pensó que seria mejor encerrarse en un medio de acusacion violenta, ó acogerse al de un tierno perdon; en el camino habia calculado que su muger se echaria en sus brazos, confesando su falta; entonces se indignaba, reclinaba los dientes y rugia de tal manera, que su

compañero de viaje se preguntaba si seria algun loco escapado con quien tenia que avenirse. Pero el suceso habia desconcertado todos los discursos preparados. ¿Qué hacer, qué decir contra semejante frialdad?

Mr. Loncle, completamente batido, salió abochornado, humillado, como una division que va al asalto confiada en una débil defensa, y se retira ya medio vencida á la vista de numerosas baterias que los sitiados acaban de descubrir.

—¡Hé aquí la maldita lila que ha causado toda mi desgracia! exclamó Mr. Loncle, que trataba de calmar su espíritu al aire puro del jardin. Sacudió violentamente el árbol, haciendo un esfuerzo por arrancarlo. Luego, ruborizado de su accion, se encogió de hombros, miró á su muger, que por casualidad lo habia seguido, y apisonó con los piés la tierra que habia removido queriendo arrancar el árbol. En aquel momento queria la vida de la lila tanto, como hacia un instante habia deseado su muerte. La desgracia de Mr. Loncle era que no habia tomado ningun partido; ya adoptaba una idea, ya otra. Sin embargo, el recuerdo de Mr. Trude se le presentó al espíritu, y se preguntó qué conducta deberia seguir para con el seductor. Sin duda este, no estando prevenido, deberia presentarse en la casa por la mañana ó á la noche. ¿Deberia espulsarlo estrepitosamente, ó provocarlo, ó pedirle una reparacion, ó recibirlo como de costumbre? La mezcla de estas diferentes ideas trastornó de tal manera el espíritu de Mr. Loncle, que se resintió tambien su cuerpo. Dió lo menos seiscientas veces la vuelta al jardin, sin darse cuenta de lo que hacia. Obedecia á secretas tempestades interiores, que ponian en movimiento sus brazos y los hacian girar en sentidos pantomímicos extravagantes. En un momento evidentemente mató á Mr. Trude en duelo, pues tiró una estocada á fondo, con la cara llena de satisfaccion cruel, y dió un grito tal, que resonó en toda la casa. Este duelo, ejecutado en su imaginacion con toda la bravura posible, no agradó al espíritu tímido de Mr. Loncle.

—¡Desgraciado, exclamaba, os atreveis á volver á mi casa después de lo que ha pasado!... ¡huid! y no os presentéis jamás delante de mi vista.

A este tiempo Mr. Loncle oia la campanilla de la puerta



Importacion inglesa.

que no tiene sentido comun. ¿Comprendeis ahora por qué deseaba yo tanto que escribieseis un diario? Es difícil ocultarse los pensamientos. Aunque no hubierais confesado vuestra pasion, ella misma se descubriria en la palabra mas insignificante. Sabed pues ahora que mi enfermedad fué supuesta en parte, y que si me sometí á la sangría y á las sanguijuelas, fué por obtener un desfallecimiento momentáneo y obtener al mismo tiempo de vos lo que con razon me negasteis por espacio de mucho tiempo. Si hubieseis hecho una confesion completa, acaso estariais ya perdonada. Hoy os miro como á la última de las mugeres.»

A la tarde Mr. Trude llegó mas alegre que de costumbre: su amiga no partia, pero la encontró llorando. Mad. Loncle no dijo una palabra, y le presentó la carta al músico, que la leyó atentamente, no pudiendo comprender cómo Mr. Loncle estaba informado de todos aquellos detalles. La noche se acercaba; un viento templado entraba por la ventana. Mr. Trude tomó las manos de su amiga, y ella le contó minuciosamente todo lo que le habia sucedido desde el principio de su vida, su reclusion de soltera, su reclusion de casada, cómo su marido no la habia comprendido jamás, y la situación en que iba á encontrarse. Aquellas dos almas, trabajadas por los sufrimientos, se comprendian perfectamente.

Al dia siguiente llegó una nueva carta de Mr. Loncle. «Perdóname, decía, he estado muy duro ayer; me arrepiento. Estoy en una disposicion de espíritu fatal. Me acometen deseos de suicidarme en tanto que no reciba una confesion completa de tu falta. Después de todo, ¿qué importa? Tú has creido amar á ese músico, y no lo amabas. ¡Cuántas mugeres andan con la cabeza erguida por el mundo, que han engañado á sus maridos con la voluntad de engañarlos! Tú, esposa mia, no sabias nada de la vida; he hecho mal en dejarte vivir aislada; el primer hombre con quien te has encontrado ha debido perderte. A contar desde hoy variaremos de vida; dejaremos la ciudad; iremos á vivir á París en invierno, viajaremos en verano; ¿no es verdad que te agradan estos proyectos? ¡Mira si te amo todavía! pero no viviré si no me confiesas completamente todo lo que ha pasado entre Mr. Trude y tú. Ha sido mia la culpa; yo no debí separarme de tí. ¡Ay! es una leccion muy cara, y de la que me arrepiento algo tarde. Si me dices hoy que no ha habido entre los dos sino la mas pura amistad,

de la calle; iba á abrir él mismo y despedia así al maestro de música. Luego las facciones del marido dejaban su estado de crispacion, y volvían á tomar las líneas tranquilas que la sociedad exige; su boca mostraba una sonrisa, sus ojos eran expresivos.

—¡Oh mi querido Mr. Trude, cuán feliz soy en volveros á ver! ¿estais bueno?... entrad, mi muger os espera. Vamos, al fin voy á oír un poco de música, de que he estado privado por tanto tiempo.

En este momento la vieja criada llevaba al perro su comida habitual.

—Margarita, dijo Mr. Loncle, oid.

La criada se acercó á su amo. Le preguntó si no habia sucedido nada de extraordinario en la casa durante su ausencia; hizo hablar á la buena muger de su señora, sin manifestarle las sospechas que le desgarraban el alma.

—¿Ha habido muchos conciertos? ¿Han venido con frecuencia Mr. Carlos y Mr. Trude? ¿Venian juntos?

La criada contestaba á todas estas preguntas sin saber la importancia que pudiesen tener para su amo; pero no por eso le dió mas luz á Mr. Loncle.

VI.

A la hora de comer, Mr. Loncle se creyó mas humillado si se presentaba á su muger sin haber tomado una resolucion, y le anunció por la criada que tenia que salir. Su verdadero objeto era pasearse por Chenizelles para aguardar la llegada de Mr. Trude: decidido á tener una conferencia con el músico antes que este pudiese estar prevenido de su vuelta, esperaba llegar á conocer en el primer momento de turbacion la verdad fatal; pero las horas de la espera son mas largas para los celosos que para los amantes, y después de haber aguardado en vano media hora en la calle, se decidió á entrar en su casa.

—¡Como! dijo á su muger, ¿os poneis á la mesa sin estar yo aquí?

Pero Mad. Loncle le mostró á su marido un cubierto que lo aguardaba; el marido se puso furioso al ver que su muger casi habia adivinado su vuelta, y se sentó á la mesa de mal humor, no encontrando nada bueno, riñendo á la criada, aun-

que comiendo todo lo que le ponian delante, pero con cólera. Apenas se había concluido la comida, cuando se oyó la campanilla de la puerta. Mr. Loncle se levantó precipitadamente, todo encendido, con la cara de un hombre á quien le acaban de dar un terrible golpe. La criada que quitaba la mesa fué hácia la puerta de la sala.

—¡Margarita! gritó Mr. Loncle con voz descompasada.

—¿Qué queréis? contestó esta.

—Quedaos aquí... aquí, yo voy á abrir la puerta.

Dió algunos pasos y se detuvo bruscamente.

—No, dijo, id vos... esperad... sea quien quiera, le direis que la señora no puede recibir hoy.

La vieja criada, admirada, miró á Mr. Loncle, luego á Mad. Loncle, que no levantaba los ojos, temiendo que su marido interpretase su mirada como un signo de inteligencia con la criada.

—Andad pronto, dijo Mr. Loncle, á quien había hecho estremecer un segundo golpe de campanilla; la señora no está para nadie.

La criada volvió al poco tiempo y dijo que Mr. Trude se había presentado y le había anunciado que volvería al día siguiente.

—¡Mañana, exclamó Mr. Loncle, mañana lo veremos!

En los cinco minutos que siguieron al último golpe de la campanilla, Mr. Loncle se levantó unas diez veces de su silla con intencion de ir á alcanzar al maestro de música; su muger, comprendiendo todos sus movimientos secretos, lo miraba con piedad. Oscuras nubes se amontonaban sin cesar sobre la frente de Mr. Loncle, que pensaba que una existencia semejante era intolerable, y sin embargo se sentía débil ante la resistencia de su muger. La noche se acercaba lentamente; la posición era crítica para Mr. Loncle, que creía que era menos ridículo matar á su muger que encontrarse así solo con ella sin poder sacarle una palabra dulce ó cruel.

Cuando había ya enteramente anochecido, Mr. Loncle se acercó á su muger, que estaba sentada mirando apagarse poco á poco los últimos fuegos de la aldea; le tomó las manos á manera de los ciegos, y las oprimió suavemente y por largo tiempo, como para estudiarlas y sacar de ellas una conversacion que le negaba la boca. Mad. Loncle abandonó sus manos á su marido, pero estaban muertas é inertes. No eran aquellas manos finas, torneadas, delicadas, cariñosas, que hablan una lengua misteriosa y llena de voluptuosidad á aquel que sabe comprender tales discursos; no eran aquellas carnes mas suaves que el terciopelo; eran unos dedos yertos y sin vida, que se dejaban coger, y no oponian defensa ni resistencia.

—Esposa mia, exclamó Mr. Loncle, perdóname... yo no puedo vivir así; he hecho mal, lo confieso, perdóname.

La situación se había hecho tan insoportable á Madama Loncle, que dijo á su marido:

—Vamos, levantaos.

—¿Con que no me perdonas?

—¿Pueden herirme vuestras injuriosas sospechas? repuso la muger. Y sin embargo, añadió, después de la insensata carta que me habeis escrito, estaba decidida á separarme de vos.

—Olvidemos la carta, dijo Mr. Loncle; olvidémoslo todo; mira ya no pienso mas en ello... pero porque te amo mucho es por lo que te he escrito una carta semejante... te amo mas de lo que debiera.

—Entonces, moderad vuestro amor, pues me haceis sentir los arranques de vuestra pasión de una manera muy dolorosa.

—¿Cuánto me has hecho tú tambien sufrir desde que he venido! exclamó Mr. Loncle; ¡he comprendido el infierno en medio de la luz del día!

—¿Y creéis que yo soy dichosa desde vuestra partida?

—Es cierto! exclamó el marido lleno de gozo; ¿sentias que no estuviese á tu lado?

—¿No os he estado suplicando constantemente que viniérais?

—Sí, tienes razon, esposa mia... pero olvidaremos lo pasado y volveremos á nuestra vida feliz de otro tiempo.

Si hubiese habido luz en la sala, Mr. Loncle hubiera visto que los ojos de su muger se elevaban tristemente al cielo.

—A ese pobre Mr. Trude, á quien he despedido tan irracionalmente hoy, le daré mañana mis excusas.

—¿Cómo! ¿pensais recibirlo?

—Sin duda; él ha estado un poco enamorado de tí; pero eso no es culpa del pobre muchacho; así, no lo quiero mal. ¿Y quién no ha de quedar prendado de tu belleza, de tu poesía?...

—Vamos, estais diciendo lisonjas, interrumpió Mad. Loncle; pasais de un extremo á otro. Mientras mas pienso en lo que vos llamais el amor de Mr. Trude, veo con mas claridad á su alrededor el vacío horrible que le ha causado la muerte de su madre. Mr. Trude se ha engañado, no me amaba. Me profesa un vivo afecto, que había de arraigarse en alguna parte; y si no hubiese ocurrido la muerte de su madre, jamás me hubiese mirado sino como una discípula. Por un momento consentí en engañar su dolor; pero conocí que el papel de amiga era muy peligroso, y os dije que volviérais.

—¿Qué buena eres! exclamó Mr. Loncle.

La mañana del día siguiente se pasó serena y sin nubes por parte del marido, que se creía en la edad de veinte años, novio de una joven amada; pero la llegada de Mr. Trude cubrió de oscuras sombras aquella tranquila atmósfera. El músico se estremeció al ver á Mr. Loncle, y el marido, que había preparado una máscara para aquella entrevista, se vió igualmente desconcertado. Se dijeron recíprocamente mil obsequiosos cumplimientos, que ocultaban la turbacion que ambos experimentaban.

Yo estaba presente á esta entrevista diplomática; sin saber hasta qué punto era difícil la situación, adiviné que una misma corriente de ideas influía en las personas presentes. Monsieur Loncle me hizo una infinidad de preguntas; Mad. Loncle quiso que la informase con instancia de las novedades de la ciudad; me pareció que yo estaba en un terreno neutro, adonde los adversarios iban á descansar por algunos instantes. Solo Mr. Trude dejaba pasar esta inofensiva conversacion, y parecía que se abochornaba de su papel. Mr. Loncle propuso que se tocara, y hubo un corto movimiento de va y viene en la sala, que pareció que quitaba un enorme peso del espíritu del músico. No sé si el azar había hecho que Monsieur Trude escogiese el trio, porque se dió principio al con-

cierto; pero el *adagio* de Beethoven estaba lleno de lágrimas, y cuando el violin hacia el canto, Mr. Trude sacaba unos sonidos tan melancólicos como jamás había oido. Sin quitar los ojos del papel, es evidente que Mad. Loncle miraba al violinista, y su marido se agitaba en su sillón: cruzaba las piernas, las separaba, y movía el pié como un hombre que sufre. Lo cierto era que Mad. Loncle, sentada en el piano, volvía la espalda á su marido, y que este estaba inquieto por no saber si ella podría dirigir alguna mirada á Mr. Trude.

—Perdonad, señora, dijo este parándose de repente: creo que faltan en mi parte uno ó dos compases.

Se acercó á Mad. Loncle para comparar la parte de violin con la de piano. En este instante se levantó el marido bruscamente para vigilar aquel sencillo movimiento. La velada pasó serena en apariencia, pero la fisonomía de Mr. Loncle había variado; nos saludó con aire triste y resignado, como el hombre que sufre en su casa seres que detesta.

Aunque no hubo nada en la conducta de Mr. Trude en aquella noche que pudiese aumentar las sospechas del marido, sus celos se aumentaron. Se paseaba todo el día solo en su jardín, pesando una á una las palabras de su muger, analizándolas, fundiéndolas, y no encontrando mas que una duda perpetua en el fondo del cristal. Al mismo tiempo leía repetidas veces las cartas que su muger le había escrito, y la duda que le atormentaba era si habría llegado á tiempo. Un día preguntó á su muger si había conservado las cartas del músico.

—¿Todavía no os habeis tranquilizado? le dijo esta.

—Sí, te lo aseguro.

—Ya se conoce hasta en la mas insignificante de vuestras acciones.

—Es que tengo curiosidad de conocer el estilo de Mr. Trude.

—Os envié una de sus cartas.

—Sí, pero quisiera leerlas todas.

—¿Teneis mucho empeño? preguntó Mad. Loncle.

—No mucho... sin embargo...

—Pues ahí las teneis, dijo Mad. Loncle abriendo un cofre-cito lleno de cartas.

El rostro del marido se iluminó; su mano se precipitó al cofre como la de un ladrón.

—Si no hubiera temido renovar vuestras sospechas, ya hace mucho tiempo que os hubiera entregado esas cartas.

—¿Sospechas, amiga mia! ¿me crees capaz de eso? Te dejo un momento sola... ¿Me lo permites?

—Sin duda, dijo Mad. Loncle.

El marido subió la escalera á saltos, se encerró en su gabinete, y su primer movimiento fué estender todas las cartas sobre su mesa, y mirar sus sobres como vacilando leerlas. Luego abrió las primeras, y habiendo leído «Señora», pasó á otras; pero su frente se oscureció cuando vió en el principio «Amiga mia». Tropezó por último con una que decía «Julietta». ¡Miserable! exclamó Mr. Loncle. Pero su cólera no conoció límites cuando leyó «Mi querida Julieta». Se levantó, abrió la ventana para respirar, porque creía sofocarse en el gabinete. Entonces leyó la carta siguiente:

«Mi querida Julieta: ¡Qué agradable rato pasamos anoche! Es mucha felicidad para mí, y no ceso de pensar qué desgracia, qué pesares me aguardan para hacerme pagar aquellos momentos tan preciosos. Jamás he sentido la vida como ayer noche al separarme de vos; me parecía que llamaba en mi auxilio todas las fuerzas de la naturaleza para no caer. Si hubiese entrado así en la ciudad, me hubieran tenido indudablemente por loco; pero ya era bien entrada la noche; bajé por Chenizelles y tomé por el paseo de San Juan; me eché sobre el césped, y por espacio de una hora no podría decir los pensamientos que circularon de mi corazón á mi cabeza. Mirad el tesoro que me habeis dado; á mí que nunca he conocido el amor; soy pobre, jamás he conocido otro amor que el de mi madre. A ella me atreví á amarla con toda seguridad, porque estaba seguro de que no me rechazaba; pero vos, tan joven y tan bella, ¿no sería una audacia inaudita el pensar solamente en besaros la mano? ¡Pues bien! tengo miedo de mi felicidad, me hace temblar ahora; me parece que estoy como si me hubiese encontrado una cartera llena de billetes de banco, y no durmiese por temor de que me los robaran.

«Yo he dicho mi secreto á la luna, á las estrellas, á la tarde, al aire suave de la noche, á la vieja catedral, pues no puede uno guardar para sí tanta felicidad. Me sentí un poco mas aliviado; á pesar de todo veo lo que voy á sufrir durante las eternas horas que nos separarán hasta mañana. Podriais cambiar de aquí á mañana: para esto basta una hora, un minuto, ¡qué sé yo! Todas las veces que llamo á vuestra puerta, mi corazón late con tanta fuerza que me parece se me quiere salir del pecho; no sé si voy á encontraros la misma. Os miro, y si vos no me dirigís vuestra cariñosa mirada la primera, creo que me quedaria frio y sin habla. ¿Qué queréis? la miseria acarrea la inquietud y la duda. Me pregunto por qué me habeis amado; no soy digno de vuestro amor, lo comprendo, y temo que os podais cansar muy pronto de mi ternura. Sin embargo, después de la entrevista de ayer tengo confianza, me creo amado como yo amo, y no me inquieta el fin. Es necesario que vamen á la ciudad otro profesor de música, pues doy las lecciones á la ventura. No atiéndo á mis discípulos; tocan como les parecé, y si no se levantasen los primeros por su aburrimiento de aprender la música, olvidaria que estaba dando una leccion, y había pasado hacia mucho tiempo la hora. Desde el lugar en que estoy, de noche, veo vuestra casa, ó mas bien la adivino en la oscuridad; así he oido las dos en el reloj de la catedral. ¡Qué felicidad si hubieseis oido vos tambien esa hora! No me atreví á creerlo. Hasta la noche. ¿No es cierto, Julieta, mi querida Julieta?»

Después de haber leído esta carta, Mr. Loncle bajó las escaleras con mas rapidez que las había subido, y entró en la sala haciendo rechinar la puerta.

—¿Cómo os atreveis, le dijo á su muger, á enseñarme una carta semejante sin temer mi cólera? No creais que estoy indignado con la declaracion del músico, no; solamente es vuestra audacia la que me confunde. Es menester que me tengais por un hombre singularmente necio, para creer que pueda permanecer tranquilo después de tales confesiones... Verdaderamente os admiro; estais severa como si yo hablase de otra... ¿Habeis olvidado acaso esa carta? ¿No recordabais que cada palabra os arroja la piedra? ¡Vamos, responded! No se burla una muger así de su marido...

Al decir estas palabras dió Mr. Loncle un fuerte golpe con

el puño al velador que estaba junto á su muger, y después prosiguió:

—Comprendo que se engañe á un marido, esto sucede todos los días, pero no se le hace ver tan claramente; y sobre todo no pretenden las mugeres, como vos lo haceis, que se les tenga por diosas de la amistad. Ah! ¡Es amistad solamente la que ofreéis á ese Mr. Trude, á ese tocador de violin!... ¡Qué amistad tan singular! Esa es la primera que he visto traducirse así. Habeis tenido miedo de su amistad; así lo creo; yo tambien tengo miedo de esa amistad peligrosa, y tengo razon de tenerle. No he leído las otras cartas, no he escogido; si queréis, las quemaré ahora mismo para no conservar mas que esta; pero me he convencido bien de los rápidos progresos que hacia en vuestro corazón el violinista. Hoy señora, mañana amiga, al día siguiente mi querida amiga, y por último, el simple nombre de bautismo. Ese hombre os ha tuteado, se conoce. ¡Verse tuteado por un violinista! Oh! Si no lo ha hecho por escrito, es porque el papel exige todavía una especie de pudor. Pero esta vez no creais que ceda; fuí muy cobarde el día de mi llegada; me quedaban todavía algunas dudas; al veros la frente tan pura, me parecia que no podiais ocultar ninguna falta detrás; pero vuestra fisonomía no se altera. Os he observado cuando ha estado aquí el violinista; ninguna emocion se trasluce en vuestro semblante; se marcha, tampoco se descubre nada en vuestras facciones. ¡Qué máscara habeis sabido escoger!

## V.

—Caballero, dijo Mad. Loncle levantándose pálida; os he dejado que me insultéis sin responder; no os diré mas que una palabra: no he faltado á ninguno de mis deberes de casada; y puesto que la vida no puede pasar entre los dos tal como me la ofreéis hoy, permitidme que me retire á mi cuarto, donde viviré sola sin volveros á ver.

Mad. Loncle salió de la sala sin que su marido hubiese podido encontrar una contestacion á palabras tan terminantes. A decir verdad, Mr. Loncle no estaba descontento de que se hubiese terminado así aquella escena; había resuelto no ceder, y no había medio de concluir la contienda sino en el caso de que la muger hubiese pedido perdon. La conducta firme de Mad. Loncle era por el momento un desenlace satisfactorio; el marido dijo en su interior: la reclusa saldrá mañana de su cuarto y vendrá á demandarme gracia; pero no fué así. En una carta muy lacónica, Mad. Loncle le suplicaba á su marido que le enviase la comida por la criada á su cuarto, y declaraba que no comería si Mr. Loncle queria entrar al mismo tiempo que la criada.

Dos días pasaron de este modo, eternos para el marido, que iba de la sala al jardín, del jardín al gabinete, sin saber en qué invertir el tiempo ni cómo acallar sus sospechas. Por la noche se levantaba y se ponía á escuchar á la puerta del cuarto de su muger para ver si sorprendia algun llanto, algunos sueños, algunas revelaciones arrojadas en medio del silencio.

Al tercer día de esta separacion, Mr. Trude, que ignoraba lo que pasaba en la casa de Chenizelles, fué con el espíritu atormentado, y temblando con la idea de encontrar en adelante un marido entre él y la muger á quien amaba. Era fácil leer en el semblante del músico las noches sin sueño, las crisis y los violentos dolores del amor. Aunque de otra naturaleza, los padecimientos de Mr. Loncle podian adivinarse. La entrevista fué singular entre los dos hombres que se sentian heridos el uno por el otro.

—Mi querido Mr. Trude, dijo Mr. Loncle, ¿queréis dar una vuelta por el jardín, mientras que vayais á ver á mi muger?

Mr. Trude aceptó con aire de sorpresa.

—Os esperaba con impaciencia, prosiguió Mr. Loncle, tengo que pedir os un favor.

El profesor de música miró fijamente á Mr. Loncle, para ver si podia de antemano descubrir el sentido de la conversacion que iba á seguir.

—Tengo la desgracia, dijo Mr. Loncle, de estar algo incómodo con mi muger; se ha retirado á su cuarto, vive sola, apenas come, no sé lo que tiene; pero temo que se deje abatir por la soledad y caiga mala; así he pensado en vos para que la hagais entrar en razon.

—¿Es cierto eso? exclamó Mr. Trude; ¿habeis pensado en mí?

El pobre maestro de música no sabia si soñaba al oír esta confidencia, y si la luna hubiese reemplazado al sol en medio del día, no se hubiese asombrado tanto. Se preguntaba si M. Loncle tenia conocimiento de su amor, y si acaso seria este un lazo que le tendia; estaba tan sorprendido como el muchacho á quien sorprende un hortelano robando manzanas.

—¿Pero Mad. Loncle no está mala? preguntó con ansiedad.

—Creo que no, contestó Mr. Loncle; pero se pondrá, y yo tambien, pues no vivo hace tres días. ¿Creeriais que si quisiese entrar en su cuarto temo que haga algun disparate?

—Pero entonces, repuso Mr. Trude, es necesario que haya pasado entre vosotros alguna cosa grave.

—No, dijo Mr. Loncle; ya sabeis cómo son las mugeres: á veces con la cosa mas insignificante se incomodan; son testarudas, y cuando se les ha puesto alguna cosa en la cabeza, el mismo diablo no puede arrancársela.

—Entonces, dijo Mr. Trude, poca utilidad puedo prestaros.

—Perdonad, mi muger os tiene amistad, sabe cuánto la apreciáis, y os escuchará.

—Voy por complaceros, dijo el músico.

—Aguardad, mi querido Trude; tengo tambien que pedir os otro favor: no le digais á mi muger que soy yo el que os invito á dar este paso.

—Os lo prometo, contestó Mr. Trude.

—Como mi muger se negaria á abrir indudablemente si supiese que estaba yo en casa, voy á dar una vuelta para que me oiga salir. Me llevaré al perro; cuando sale da muchos ladridos, y con eso Mad. Loncle estará cierta de que he salido. Entonces es presumible que os reciba. Mi querido Trude, haced que modifique un poco su carácter; que vuelva á su manera de vivir habitual, pues yo no puedo vivir así; decidle cuán variado me habeis encontrado, las facciones alteradas... ¿No es verdad, mi querido Trude, añadió tomándole la mano?

—Podeis creer que haré cuanto esté de mi parte, contestó el maestro.

En cuanto el músico pronunció su nombre á la puerta del cuarto de Mad. Loncle, entró sin dificultad.

—Vos sois, dijo esta, la causa de todas mis desgracias, vos que venís á verme; partid, caballero, partid, yo os lo suplico.

El músico se había echado á los pies de Mad. Loncle.

—Dejadme, caballero, dejadme. ¿Por qué venís á turbar mi reposo?

Pasado el primer momento de exaltación, Mr. Trude dijo que había sido enviado por Mr. Loncle, y la infeliz muger no podía adivinar cuál habría sido la idea de su marido. Refirió á Mr. Trude todo lo que había pasado con todos sus detalles. Entonces el músico faltó á su promesa, y dijo la singular misión de que estaba encargado.

—¡Volver á vivir con mi marido!... Jamás, dijo Mad. Loncle; mejor quiero la soledad absoluta. Ya veis el carácter que tiene: llenó de violencias hoy, y mañana lleno de debilidad. Sus sospechas no se duermen sino para despertarse mas terribles un momento después. La paz no volverá á nuestra casa hasta el día en que yo confesase una falta de que estoy inocente. ¡Ah! ¿por qué os habré encontrado yo en mi camino?

Mr. Trude se levantó, pues estaba todavía á los pies de Mad. Loncle, y soltó sus manos, que regó con sus lágrimas.

—Tengo tomado mi partido, dijo friamente.

—¡Dios mío! exclamó Mad. Loncle; ¿qué partido?... ¡Me haceis temblar!

Y como el músico no contestaba:

—Os suplico, añadió, no os dejéis arrebatar por una pasión insensata. Decídmelo, quiero saberlo; y tomándole una mano repuso: ¡qué desgraciada soy por haberos amado!

—¿Me habeis amado?... ¿Es cierto lo que oigo? exclamó Mr. Trude con una voz imposible de describir su acento.

Dos horas pasaron olvidados de las cosas de la tierra, cuando la campanilla resonó bruscamente.

—Mi marido entra, exclamó Mad. Loncle, partid, que no os vea.

—Adios, amiga mía, dijo el músico. ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Dios lo sabe, contestó Mad. Loncle.

Al bajar la escalera encontró el músico á Mr. Loncle, que parecía esperar con la mayor impaciencia.

—Y bien! dijo el marido.

Pero Mr. Trude hizo un movimiento inexplicable con el brazo, pasó rápidamente por delante de Mr. Loncle sin decirle una palabra, y huyó mas bien que salió de la casa de Chenizelles.

—Mi muger lo habrá vuelto loco, pensó Mr. Loncle. Y subió al cuarto de su muger, llamó, rogó, suplicó para que lo recibiese; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Aquella noche la criada entregó á Mr. Loncle una carta de su muger.

«Vos habeis querido, le escribía, la confesion de mi falta para recobrar la tranquilidad. Hoy solamente puedo hacerosla por completo. Vos solo sois la causa de todo lo que ha pasado. Me sentia bastante fuerte para resistir, pero vos lo habeis querido: no os pido mas que un favor; dejad que me retire ahora á un asilo religioso, y llorar allí en paz mi falta.»

## SOBRE LA TUMBA DE....

### MEDITACION.

¿Dónde estás, caro amigo? ¿Por qué te guardas de mi vista?... Nadie responde á mi ruego, y mis palabras van á perderse entre los pliegues del viento. Vengo á buscarte al campo donde descansas, y la tierra que cubre tu cuerpo permanece quieta ante mi dolor: su glacial indiferencia me irrita. Pues qué, ¿valias tan poco, para que el polvo envuelva tus restos como envuelve los de cualquiera otra planta? ¡Qué terrible es esa igualdad absoluta! Si el juez inexorable de la nada se dejara corromper por medio de dádivas, le ofrecería la mitad de mi vida por gozar en tu compañía de la otra mitad. Pero ¡ay! cómo me engaño! Ofrezco lo que no puedo ofrecer; porque ni sé qué es la vida, ni menos si me pertenece: la idea de esa entidad, de ese principio vivificador que galvaniza durante algun tiempo á la materia, es una idea vaga, indeterminada, y que en vano queremos comprender. ¿Y qué puede pesar una vida mas en el inmenso tesoro de la muerte? Necio de mí, que ofrezco lo que nada vale ó vale bien poco!

En vano pretendo hallar tu compañía. Estoy al borde del abismo, porque la vida siempre está junto á la muerte, é inclinado sobre él te llamo á grandes voces, y quiero descubrir con mi vista la morada donde habitas; pero mi voz se desvanece sin eco alguno, y mis ojos se pierden en la oscuridad del precipicio. ¿Quién me diera rasgar ese manto tenebroso que cubre la insondable profundidad de la sima? ¡Ay de mí! en breve caeré tambien en ella, y rodaré velozmente por entre sus revueltas cavidades.

Si yo pudiera descender con mi vida actual al sombrío abismo, tal vez, amigo mío, te veria recorrer otro camino para mí desconocido: entonces habria yo arrancado los misterios á la nada. Pero hay secretos inviolables, y la eternidad guarda, escrito con negros caracteres en el gran libro de los siglos, el fatídico arcano de la muerte. ¿Vivirás bajo nueva forma? ¿Habitará tu alma entre millones de espíritus, y correrá infinitamente por ese anchuroso espacio que rodea á los mundos, y en el que se deshace la luz de las estrellas?

¿Mas quién sabe? Tal vez encerrado en la tumba escuchas mi acento de dolor... ¡Tristísimo destino! Si conservaras tu existencia anterior bajo la tierra en que los hombres depositaron tu cuerpo, tu dolor seria inmenso, porque verias correr sobre tu cabeza y con febril agitación á esos hombres para quienes ya no eres nada. Y en vano querrias hacer pasar por entre los agujeros de la losa un grito de alarma para avisarlos de su destino: ni tus labios obedecerian á tu pensamiento, ni los hombres escucharían tus voces. A pesar de tu angustia, la humanidad entera habria de cruzar por delante de ti con algazara loca, hasta precipitarse en la tremenda sima donde tú yaces. Porque es la humanidad un enfermo á quien la fiebre agita con delirante alegría, sin que pueda la razon calmar aquella risa insensata que despedaza sus miembros.

¿O bien sumergido en completo letargo esperas la mañana de otro día para despertar á la vida. Porque está empezando

el día de los hombres, y la noche llegará. Adán, Noé, Moisés no son mas que la aurora del día en que vivimos, y cuyo sol quizás dista aun mucho del cenit. ¿Y quién puede contar los días que habrán precedido á nuestro día? Ha habido hombres que pretendieron medir la eternidad, y validos de su mayor inteligencia se atrevieron á señalar el principio de la naturaleza: no hay cosa mas llena de vanidad que el pensamiento humano. Pero detrás de esa valla, puesta gratuitamente al caos; detrás de ese límite que el hombre, para revestirse de absoluta superioridad á cuanto existe, ha trazado á la creación, está la noche del día que nos precediera; noche cubierta por los amontonados escombros de los siglos anteriores. Detrás de esa noche estan tambien la tarde y la mañana de otros seres; y mas allá... el infinito. Las criaturas que existen tal vez no son otra cosa que modificaciones de criaturas que existieron antes: esta es la naturaleza, sucesion infinita de los cuerpos en variadas y pasajeras formas.

Así, después de nuestra época, vendrá otra época. «Esas plantas, deciasme, amigo mío, cierta mañana del estío, señalando unos arbustos; esas plantas, llenas de vigor y lozanía, se marchitarán al concluir el sol su carrera: las generaciones son plantas que absorben la savia del terreno de la vida; mas llegará un tiempo en que ese terreno quedará estéril, el sol se hundirá en el ocaso, y las generaciones habrán acabado.» Es verdad; mas cuando tras el día de los hombres haya llegado la noche, y su lúgubre manto cubra algunos centenares de siglos, aparecerá la luz purísima de otra mañana, y empezará la historia de nuevas criaturas, mas ó menos perfectas que las actuales. ¿Qué digo? No nacerá criatura mas bella que el hombre; porque Dios, que le ha formado á su semejanza, no podrá crear otro ser mas perfecto que si mismo. Oh! hasta dónde llega el atrevimiento del orgullo humano!... Entonces, querido amigo, tú y todos nosotros volveremos tal vez á adquirir animacion; pero nuestros recuerdos habrán desaparecido bajo de aquel sueño secular.

Mas ¡ay, amigo mío! estas son quimeras de mi alma, abatida por el dolor de no verte. Pasarán los siglos, tu cuerpo formará parte de otros cuerpos; pero tu vida se ha destruido para siempre: cuando el viento apaga la llama de una antorcha, muere enteramente su luz. En vano mi pensamiento quiere forjar sueños inverosímiles para esquivar la terrible idea de la muerte; porque mi pensamiento se engaña. Tambien mis ojos creen ver de vez en cuando alzarse, cual leve sombra, de entre los poros de la tierra la imagen de mi amigo; y la ven sonreír dulcemente, señalar con su mano los cielos, y elevarse majestuosamente sobre ligeras nubes en la azulada bóveda: mis ojos siguen la engañosa huella, hasta que desaparece la sombra en el laberinto de estrellas que ruedan por el ancho espacio. Entonces mis ojos vuelven á la tierra y ven la realidad. Cuando una sombra se alza de entre los sepulcros, mi pensamiento se postraria acobardado ante la verdad de la existencia eterna.

Duerme pues en ese desconocido sueño, sin recuerdos del pasado, sin vida en el presente, sin esperanza en el porvenir. Bella es la idea que nos señala un mas allá de la muerte; pero la tumba se rie con mudo desprecio de esas atrevidas suposiciones del orgullo humano.

Duerme, en tanto que yo velo, sin saber si vivo, ó si sueño que estoy viviendo: duerme, mientras que mi alma retrocede en busca de los días en que tú existias. ¡Ay! ¡Cómo pasan los años atropellando en su carrera destructora nuestros pesares, nuestros goces y hasta nuestros recuerdos! Al volver hácia atrás mi pensamiento, lanzando una mirada por ese larguísimo campo que he atravesado, apenas veo, allá en la lejanía, medio cubiertas por las sombras del olvido, las dulces horas de mis placeres. Son placeres que no han de volver, y por eso los echo de menos. Las encantadoras ilusiones de la infancia, los ensueños de amor de la primera juventud, no conmueven ya mi corazón: cada edad de la vida tiene sus goces. Cuando quedaba satisfecho al hallar mis ojos de niño, la mirada tierna y pura de una vírgen, cuya imagen reposaba en mis sueños; cuando á tu lado, querido amigo, dejaba pasar las horas, entregados ambos á esas íntimas confianzas que solo pueden tener dos corazones que se aman y que aun son jóvenes; entonces era yo feliz. Ahora envidio aquellos dulces momentos que ahora no cautivarían mi espíritu: la felicidad es cosa relativa. Y ahora, sin embargo, mi pensamiento recorre una y mil veces los días que pasaron; por eso, amigo mío, ocupas un lugar preferente en mi memoria.

Juntos empezamos la carrera de la vida: ¿lo recuerdas? Era una apacible mañana de la primavera, uno de esos días con que Dios quiere allignarnos enseñándonos el paraíso que perdimos; una de esas mañanas cuyas auras vaporosas llevan entre sus pliegues de sutil gasa nuestros indolentes y descuidados suspiros: entonces nos encontramos, y nuestras almas, enlazadas por infantil cariño, se elevaron hasta el trono del Eterno y allí juraron no separarse. Unimos nuestro brazo y empezamos á caminar... ¡Oh qué dulces son las primeras jornadas de la existencia! Embébase la imaginación en queridas ilusiones, que decoran el magnífico cuadro de nuestra fantasía; late el corazón bajo la presión de los primeros afectos; y pensando en el porvenir, nos dejamos arrastrar de sueños engañosos, que el pasado no desvanece todavía con su amarga realidad. «Ven, me decias saltando lleno de contento; seremos eternamente amigos, y nadie podrá ya separarnos. Allá, lejos, hay gloria, placeres, felicidad... Ven, marchemos juntos; yo amaré á quien tú amas, y tuyo será cuanto sea mío.»

Caminábamos por un campo lleno de flores, y todo sonreía en rededor nuestro. El pajarillo modulaba tiernos saludos á la mañana; la nube se elevaba perezosa formando caprichosos juegos de colores; la luz se deshacía en bellísimos cambiantes contra las gotas del rocío, y corrientes de delicados perfumes torcían el curso de las auras, que murmuraban quejas cariñosas. Pero ¡ah! en breve dejamos atrás aquel campo y entramos en angosto y tortuoso camino, cuyo suelo, lleno de rocas y de profundas grietas, hizo brotar sangre de nuestros pies. A la risueña campiña de la infancia sucedió el escabroso terreno de la juventud. Marchábamos animosos por via tan escarpada, y la amistad nos daba aliento para seguir adelante; pero de pronto, ¿quién lo diría? las fuerzas te faltaron, caíste al suelo, agobiado por el cansancio, y á pesar de esfuerzos desesperados rodaste al fondo del precipicio. Yo he dado algunos pasos mas, sigo marchando: ¿adónde llegaré? ¡Ay, amigo mío! cierto día plantamos varias flores en el campo; ¿lo olvi-

daste? cuidábamolas con esmero, y disputábamos el derecho de cultivarlas. Vimos nacer aquellas flores, hermosas como nuestras esperanzas; pero el viento de la tarde tronchó su tallo y arrebató sus hojas. ¿Dónde, exclamaste enternecido, dónde hallarán su tumba nuestras flores?...»

Quando mis ojos te vieron caer fatigado, las lágrimas brotaron de ellos. Me detuve un momento para ayudarte á levantar; mas cierta fuerza superior me impelia hácia adelante y me alejaba de tí. Me dirigias miradas de angustia como implorando favor, y de tus labios entreabiertos salian sonidos tristísimos, que venian á chocar lúgubrementemente contra mi corazón. Yo te llamaba; pero cada vez que volvia mi cabeza para hacerlo te veia mas distante: poco después las sombras de las rocas te cubrieron completamente, y mi vista ya no pudo penetrar por entre aquel opaco velo. Esto hace ya mucho tiempo, ¡mucho tiempo para mí! porque para la vida humana un segundo es una serie de siglos para la eternidad.

¿Nos volveremos á ver alguna vez? Yo avanzo aun por aquella senda escabrosa, de donde rodaré tambien al abismo. ¿Qué importan algunos pasos mas? El término de mi carrera está cercano al punto en donde tú acabaste, porque el camino de la eternidad no tiene fin, y todos estamos condenados á dar únicamente algunos pasos en él. Caminaré no sé hasta cuándo: mas si al caer, agobiado por la fatiga, voy á encontrarte en regiones desconocidas para mí, no me abandones y sirveme de guía en el mundo adonde tú has llegado antes. Pero tal vez, querido amigo, nos hemos separado para siempre.

Adios: he regado con mi llanto las flores que se arrastran sobre tu tumba; he arrancado una de ellas, y al llevarla á mis labios he creído encontrar en su perfume débiles suspiros de tu alma. ¡Ay! las flores del cementerio son el único y postrer retoño de la vida humana. Adios, yo he llorado sobre tu tumba: ¿quién llorará mañana sobre la mía?...»

P. A. CARDAÑO.

## VISTA INTERIOR DE LAS GALERÍAS DE SAN HUBERTO, EN BRUSELAS.

Esta maravilla, de origen muy reciente, pues solo data de 1847, es el monumento mayor y mas bello de su género que hasta ahora se ha construido en las cinco partes del mundo. Tienen además el mérito de la utilidad, pues ponen en comunicacion directa barrios importantes de la capital de Bélgica. Establecidas en el centro de la ciudad, y en medio de las calles mas comerciales y mas frecuentadas, sirven tambien de paseo cubierto á los ociosos, y de bazar á los consumidores.

El rey de los belgas puso la primera piedra de las galerías el 6 de mayo de 1846, y el 20 de junio de 1847 se inauguraron. Su coste total ascendió á 3.250.000 francos. El verdadero capital social solo es de 1.200.000 francos, representado por 6.000 acciones de á 200 francos.

Para completar el capital necesario se emitieron 2.500 acciones de á 1.000 francos, que ganaban un 3 por 100 de interés, y que se negociaron á 82 por 100, siendo así que el 3 por 100 belga solo estaba á 75. Dichas acciones deben reembolsarse en el plazo de treinta años.

## ESPOSICION UNIVERSAL.

### Objetos varios.

#### MASCARONES ANTIGUOS.

Ya hemos hablado de estos trabajos en madera, ejecutados por Mr. Rogers, uno de los mas hábiles escultores modernos, y hemos publicado igualmente varios objetos semejantes á los dos mascarones antiguos, cuyos grabados ofrecemos hoy.

Lo grande y útil aquí es la aplicación del arte á los objetos de uso mas comun y humilde: por eso miramos como un deber el presentar al público ciertos grabados, que sin ser tan interesantes como otros, manifiestan desde luego los esfuerzos que se hacen para resolver el problema de la alianza del arte con la industria, alianza que tiene muchos puntos de contacto con el desarrollo de la inteligencia en las clases populares.

#### COPA DE PORCELANA.

La porcelana es una de las producciones mas antiguas y mas interesantes de la nacion francesa: esta industria pone en circulación anualmente unos diez millones de francos, cuya quinta parte representa el trabajo puramente de adorno ó de decoracion, el cual se divide en treinta y cinco ó cuarenta fabricas. Las mejores porcelanas se encuentran en los establecimientos de Saint-Irieix, cerca de Limoges, y en París y sus cercanías. Mr. Boyer, cuya casa ha merecido ser citada en la capital con el nombre de Pequeño Sevres, espuso en el Palacio de Cristal copas magnificas, fabricadas con el mas exquisito gusto y delicado esmero, así como servicios de mesa completos sumamente elegantes y variados.

La copa cuyo grabado publicamos hoy, es una muestra de las obras de este género que salen del establecimiento de Mr. Boyer.

#### CAZA DEL JABALÍ.

Este relieve es una de las mas hermosas esculturas sobre madera de cuantas se espusieron en el Palacio de la industria universal. Mr. Liernad es un escultor francés muy distinguido, y hay muy pocos fabricantes que no soliciten modelos suyos.

Recomendamos eficazmente á nuestros artistas el estudio de esas obras maestras de la edad media, las cuales sobresalen mas por la inspiracion que por lo acabado de los detalles. Si á ella se juntasen el gusto moderno, la pureza y la correccion, ó sea la perfeccion de los medios, llegaríamos sin duda alguna á ver esculturas en madera que nada dejarían que desear. La caza del jabalí es un paso avanzado hácia dicha perfeccion, que reproduciría, con un sentimiento mas bien interpretado del arte, las bellas y atrevidas obras de la época mencionada.



Mercancias ligeras.



Mercancias pesadas.